



## EL REY SOL. — NOTICIA HISTÓRICA

IMPERIO. A Rodolfo, muerto en 1612, suceden los emperadores Matías, Fernando II (1619-1637), Fernando III, Leopoldo I (1658-1705) y José, muerto en 1711.

FRANCIA. De 1589 á 1715, tres príncipes solamente ocupan el trono: Enrique IV, asesinado en 1610; Luis XIII, muerto en 1642, y Luis XIV. Merecen ser citados algunos de los ministros y generales: Sully (1559-1641), Richelieu (1585-1642), Mazarino (1602-1661), Turena (1611-1675), Colbert (1619-1683), Condé (1621-1686), Louvois (1639-1691), por último Vauban (1637-1707), cuyo valor personal excedió el de su obra profesional, considerable por sí sola.

REINO UNIDO. Desde 1603, Inglaterra y Escocia obedecían al mismo monarca, Jacobo, biznieto de Enrique VII, pero la unión de los dos reinos no se realizó hasta 1707. A Jacobo I sucedió su hijo Carlos I (1625-1648), cuyos principales ministros, Buckingham, asesinado, y Strafford y el arzobispo Laud, ejecutados, dieron al rey una idea anticipada de su propio fin. Al *Lord Protector* Oliverio Cromwell, nacido en Huntingdon en 1599, sucedió en 1658 su hijo Ricardo, bien pronto dimisionario. Bajo la protección del general Monk, Carlos II, hijo de Carlos I, sube al trono (1660) y reina hasta 1685 en medio de cre-

cientes dificultades; su hermano Jacobo II, ayudado en su obra de represión por el sanguinario Jeffreys, tuvo aún peor éxito. Guillermo III, estatuder de Holanda, nieto de Carlos I y yerno de Jacobo II, desembarcó en el Devon en 1688 y suplantó á su suegro sin combate pero no sin dar garantías de futura fidelidad al régimen representativo. Jacobo II murió en San Germán en 1701, y Guillermo III, ya viudo, en 1702. Ana, hija del uno y cuñada del otro, llega á ser reina; su reinado es ilustre por las victorias de Marlborough (1650-1722).

POLONIA. Un Sueco, Segismundo Vasa, elegido rey de Polonia en 1587, ocupó el trono hasta 1632; sus hijos Ladislao y Juan II (1648-1668), después un Miguel Koributh, le sucedieron. Juan Sobieski, que desde 1648 mandaba los ejércitos polacos, fué elegido entonces (1674) y reinó hasta 1696.

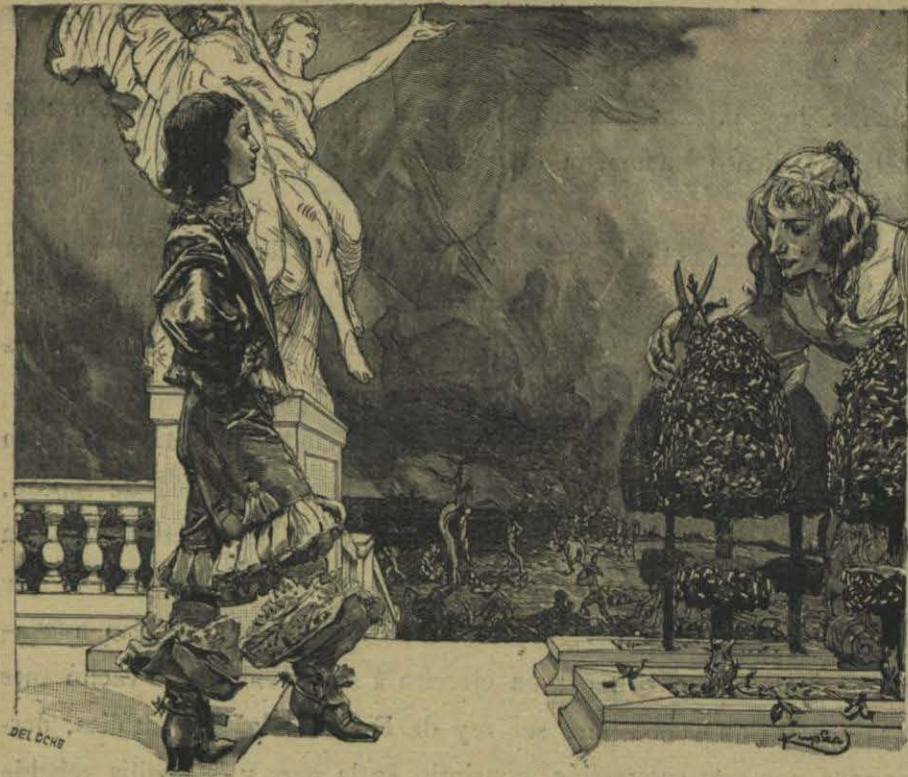
RUSIA. Al *czar* Ivan el Terrible (1533-1584) sucedió su hijo Feodoro. De 1598 á 1613, período turbulento bajo Godunov, uno de sus hijos y después otros dos ó tres «usurpadores»; entonces los Polacos ocuparon Moscou. Pero fué proclamado Miguel Romanov y sigue reinando su descendencia: Miguel (1613-1645), Alejo, Feodoro III (1675-1682), después sus hijos Ivan y Pedro bajo la regencia de su hermana Sofía. Pedro, de 17 años de edad, separó hermano y hermana y gobernó solo (1689).

SUECIA. Entre los sucesores de Gustavo Vasa, Segismundo III, que fué también rey de Polonia, ya citado, es reemplazado como rey de Suecia, desde 1604 por Carlos IX. El hijo de este último, Gustavo Adolfo, subió al trono á los 17 años, en 1611. Muerto en 1632 en la batalla de Lützen, dejó el poder al canceller Oxenstiern (1583-1654), el ejército á hábiles generales, Baner, Torstenson, Wrangel, y la monarquía á su hija Cristina. Esta abdicó en 1654 y murió en Roma en 1689, sucediéndole en el trono su primo Carlos X, cuyo nieto Carlos XII es el vencido de Poltava en 1712.

La lista siguiente de hombres eminentes ó célebres completa la de las páginas 303 y 304, hasta 1667:



BEN-JONSON, poeta dramático, nacido en Londres . . . . .	1573-1637
REMBRANDT (van Ryn, llamado), pintor, nacido en Leyden . . . . .	1600-1669
John MILTON, poeta, nacido en Londres . . . . .	1608-1074
BOSSUET, orador cristiano, nacido en Dijon . . . . .	1627-1704
Charles PERRAULT, escritor, nacido en París . . . . .	1628-1703
John LOCKE, filósofo, nacido en Somerset . . . . .	1632-1704
Nicolás BOILEAU, poeta, nacido en París . . . . .	1636-1711
Nicolás de MALEBRANCHE, filósofo, nacido en París . . . . .	1638-1715
Jean RACINE, poeta trágico, nacido en La Ferté-Milon . . . . .	1639-1699
Isaac NEWTON, matemático, nacido cerca de Lincoln . . . . .	1642-1727
Gottfried LEIBNITZ, filósofo, nacido en Leipzig . . . . .	1646-1716
Pedro BAYLE, filósofo, nacido cerca de Foix . . . . .	1647-1706
FENELÓN, literato cristiano, nacido en Périgord . . . . .	1651-1715
Jonathan SWIFT, escritor, nacido en Dublin . . . . .	1667-1745



## EL REY SOL

*La mano de Luis XIV pesa todavía sobre las soledades centévolas.*

### CAPÍTULO XIV

ENRIQUE IV É ISABEL. — INGLATERRA, DUEÑA DE LOS MARES.  
 EQUILIBRIO RELIGIOSO. — GUERRA DE TREINTA AÑOS.  
 EL COMMONWEALH. — RICHELIEU, LA FRONDA, EL REY SOL.  
 GUERRAS Y FRONTERAS DE LUIS XIV.  
 REVOCACIÓN DEL EDICTO DE NANTES. — AGOTAMIENTO DE FRANCIA.  
 REVOLUCIÓN Y HEGEMONÍA DE INGLATERRA. — TURQUÍA,  
 POLONIA, RUSIA, SIBERIA. — COLONOS, SIERVOS Y RASKOLNIKIS.  
 CAPITALES RUSAS. — CHINA Y LOS JESUÍTAS.

**E**N la época en que Europa comenzaba á desbordarse sobre el mundo de ultramar para apoderarse moralmente de él después de haberle conquistado materialmente, sus pueblos se hallaban muy distantes del equilibrio interior, y no reposaban de las antiguas guerras sino para disponerse á otras nuevas. Sin embargo, el teatro de las luchas se había ensanchado: Europa adquiriría con-



ciencia de sí misma, y la idea de un concierto de los Estados, nacido del movimiento humanista del Renacimiento, surgía en las inteligencias.

Francia, una de las potencias que al final del siglo XVI tenía la mayor parte en la hegemonía moral de Occidente, entraba en un período de gran calma consiguiente á crisis terribles. La matanza de la San Bartolomé, los asesinatos en masa, los incendios, las batallas, el hambre de París, el de tantas otras ciudades y campos habían dejado un sentimiento de horror: el país tenía necesidad de reposo, y afortunadamente sus recursos bastaban para las necesidades de la vida y hasta para gozar de cierta prosperidad. Enrique IV, que cuando la San Bartolomé abjuró el protestantismo, se hizo nuevamente hugonote para tener un ejército á su servicio y no vaciló ante una tercera apostasía para ser rey de Francia; la liga católica, desarmada por esta conversión, consintió en la paz, y la familia rebelde de los Guisa, que ambicionaba el trono, se vió obligada á someterse; el mismo rey de España, cansado de suministrar hombres y dinero para una causa perdida, acabó por firmar un tratado á la víspera de su muerte; y, mientras que los jesuitas, culpables á sus propios ojos de haber fracasado en una tentativa de regicidio, se dirigían á un destierro temporal, los hugonotes adquirirían, en virtud del edicto de Nantes (1598), el derecho de vivir pacíficamente junto á los católicos y de rezar á su gusto, observando las leyes del reino. Francia vivió todavía casi en completa paz durante una docena de años, exceptuando unas pequeñas guerras del lado de los Alpes y del Jura, y se ha dicho, aunque sin pruebas estadísticas formales, que la población se había aumentado en tres millones de habitantes — elevándose de diez á trece millones — en la misma época en que España perdía igual número de habitantes. Verdad es que Enrique preparaba su hacienda y su ejército para nuevos y sangrientos conflictos: parecía casi inevitable un choque entre las tropas francesas y las de la casa de Austria, los males de la guerra estaban á punto de comenzar de nuevo, cuando Enrique IV, asesinado por Ravaillac, dejó al país acomodarse á nuevas circunstancias, bajo la regencia de la florentina María de Médicis y de sus favoritos italianos.

Por lo demás, ayudado en su memoria por la propaganda oficial

de la Iglesia y de la nobleza realista, el pueblo recuerda todavía vagamente á Enrique IV, sobre todo á causa de la semejanza que tiene con él por los vicios de inconstancia y de lujuria, y deplora que no haya odiado á sus súbditos como suelen hacerlo la mayor parte de los amos. Enrique IV dejó fama de haber querido que el pobre no sufriese hambre y hasta que comiese opíparamente en ocasiones, lo que no le impidió ser cruel con los cazadores furtivos y restringir con empeño todo lo que quedaba de las libertades municipales y nacionales, guardándose bien de convocar los Estados generales. De Enrique IV procedieron Richelieu y Luis XIV.

En la Gran Bretaña, la transformación religiosa había tomado su carácter oficial y definitivo: de cisma violento que había sido la religión dictada por Enrique VIII á sus súbditos, el protestantismo anglicano había llegado á ser un culto con originalidad propia, su dogma, su liturgia y un principio de tradiciones. Sin embargo, no se había operado aún suficientemente el arraigo de las ideas y de las costumbres que impidiera el predominio momentáneo de la religión católica. Ayudada por el realismo monárquico, muy poderoso sobre el espíritu de las multitudes, la devota María, hija de Catalina de Aragón, triunfó (1553) sobre la protestante Jane Grey, su desdichada rival, que perdió poco después su cabeza sobre el tajo. Durante los cinco años de su reinado, María pudo renovar la obra de persecución católica contra las herejías; estableció bajo otro nombre el tribunal de los inquisidores, y envió á la hoguera cerca de trescientos individuos, entre ellos tres prelados anglicanos, unas sesenta mujeres y cuarenta niños. Para sus súbditos protestantes, la reina no fué más que «María la Sanguinaria». Sin embargo, murió tranquila, después de haber empeñado á Inglaterra en una guerra contra Francia y asociado sus ejércitos á los de su marido Felipe II cuando la victoria de San Quintín.

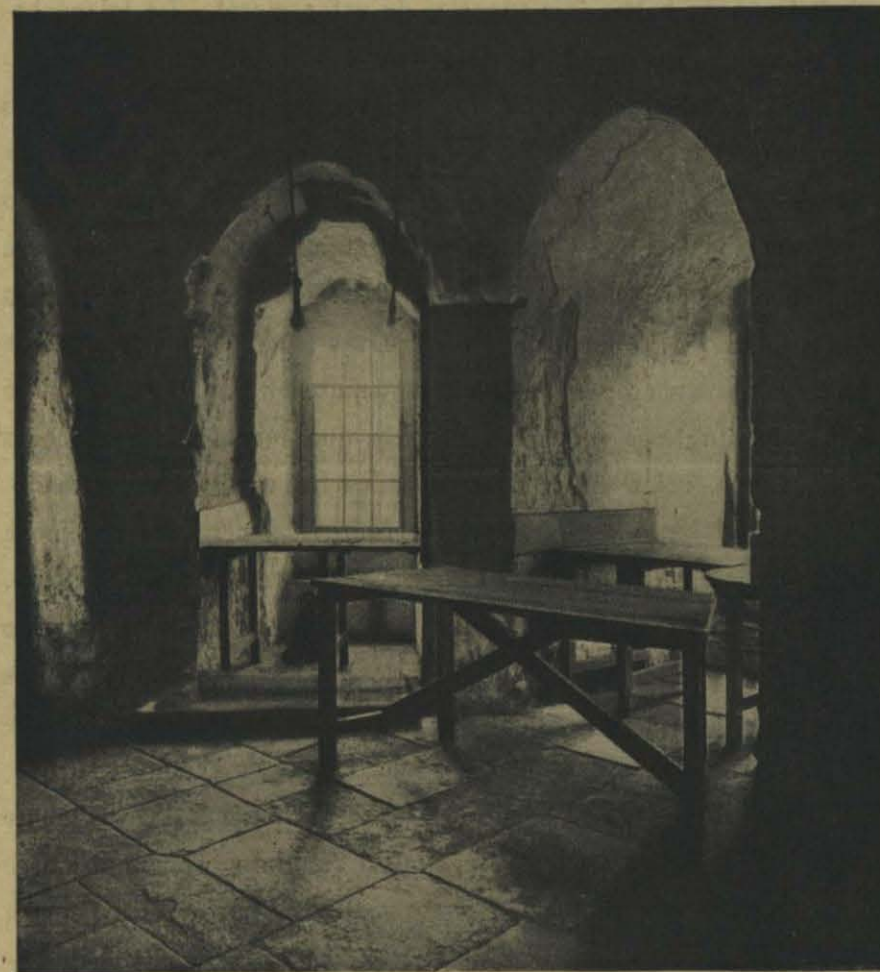
El orden natural de sucesión al trono (1558) reprodujo el régimen anglicano con el gobierno de Isabel, hija también de Enrique VIII y de Ana de Boleyn. El estado de equilibrio inestable en que todavía se hallaba Inglaterra en concepto religioso cesó por completo: el protestantismo reinó definitivamente, representado, no sólo por la Iglesia de Estado, imponente heredera de la religión católica, sino



también por numerosas sectas nacidas del libre examen, de la espontánea iniciativa de los fieles. Y resultó que la nueva religión oficial, juzgándose infalible, como la precedente, hubo de perseguir de una parte á los católicos, que todavía ambicionaban la reconquista del poder, de otra á los «disidentes» ó no conformistas, que se permitían practicar su culto obedeciendo á su conciencia y no al formulario jerárquico. El régimen que prevaleció en Inglaterra bajo el reinado de Isabel, durante toda la última mitad del siglo XVI, fué el de un «gobierno fuerte», es decir, poco respetuoso de la vida humana: el término medio anual de ejecuciones en la horca por crímenes, delitos ú opiniones se elevaba á medio millar. La «alta comisión» nombrada por la reina se tomaba todos los derechos contra los individuos, hasta el de someterlos directamente á los consejos de guerra. El Parlamento, intimidado, no osaba ya criticar los actos de la soberana y hasta se abstenía de reivindicar su prerrogativa esencial, el voto del presupuesto. Inglaterra quedaba entregada á la arbitrariedad de la «Reina Virgen», que era estrictamente económica, hasta en sus caprichos: aprobaba mucho el lujo desplegado en su honor por los favoritos del día, pero no se asociaba á sus prodigalidades.

No obstante, Isabel quedó glorificada en la memoria del pueblo por motivos análogos á los que hicieron popular «al rey Enrique» en Francia: su reinado es el período representativo de un amplio desarrollo del comercio y de la industria. Todas las artes de la paz florecieron, y la población, menos oprimida por la miseria, hallando más expansión por su trabajo, tuvo un gran aumento. Antes del final del siglo XVI todavía subsistían las antiguas leyes que prohibían á los trabajadores de la tierra dejar la gleba natal: no se había movilizado la población. Únicamente en escasos distritos, donde los trabajos manufactureros habían empezado ya, especialmente en Norwich, los maestros tejedores tenían el derecho de tomar aprendices donde les conviniera. Pero con la nueva era que había de hacer de la Gran Bretaña la iniciadora de la industria mundial, la transformación económica reaccionaba sobre las antiguas costumbres, forzando á la legislación á ponerse á su servicio. Desde entonces los actos de la reina Isabel y de sus sucesores permitieron á los industriales reclutar sus aprendices entre los campesinos, y también procurarse

sus maestros obreros fuera de Inglaterra: las guerras y las persecuciones religiosas que dominaban á la sazón sobre el continente les suministraban gran número de hombres inteligentes entre los más hábiles y los más experimentados en los diversos oficios. Inglaterra se enriquecía, pues, á expensas de los países de ultramar, y aquellos



Cl. Kuhn, edit.

PRISIÓN DE LA PRINCESA ISABEL EN LA TORRE DE LONDRES DURANTE EL REINADO DE SU HERMANA MARÍA

á quienes acogía eran precisamente los mejores, la verdadera flor, puesto que tenían convicciones — cosa rara — y la voluntad de defenderlas hasta la ruina y el destierro — cosa más rara todavía. — El valor intelectual, moral y la civilización material de los ciudadanos ingleses aumentó en grandes proporciones casi repentinamente, gracias en primer término á la afluencia de los fugitivos y de los deste-



rrados flamencos que acudieron profusamente á los distritos industriales de Inglaterra, y no solamente desarrollaron los oficios ya existentes, sino que crearon otros nuevos, acelerando con un gran impulso los progresos nacionales. Y se dice que, en nuestros días, los condados donde los emigrados flamencos aportaron su trabajo, su pensamiento y su amor á la libertad, son los que más se distinguen por el número de ciudadanos de bellas iniciativas y de valor moral. La lejana herencia parece haber dejado huellas muy visibles <sup>1</sup>.

La movilidad creciente del interior respondía á un movimiento de expansión hacia el exterior. El gusto por las aventuras y por los viajes se hizo muy potente en Inglaterra, precisándose ya como un rasgo nacional y penetraba en la literatura: á cientos, á miles se precipitaban los aventureros tras Walter Raleigh ó de cualquier otro buscador de tesoros ó de prodigios en países lejanos. La destrucción de la Gran Armada de los Españoles dejaba el mar libre, y en lo sucesivo, los Ingleses, no teniendo más que los Holandeses como grandes rivales, veían abrirse ante sí todos los caminos del Océano.

Durante el largo período que los centros comerciales se fijaron en la cuenca del Mediterráneo, Tiro ó Cartago, Bizancio ó Siracusa, Venecia ó Génova, la Gran Bretaña parecía hallarse en el extremo más remoto de la tierra: sus promontorios, sus archipiélagos, vueltos hacia las olas del Océano tempestuoso, eran límites temidos que nadie osaba franquear. Pero descubierto y aun traspasado el Nuevo Mundo, hecha la circunnavegación del globo, la Tierra llegó á ser realmente redonda bajo la estela de los barcos, y el conjunto del mundo conocido se desplazó con relación á las islas Británicas; cesando de ser Inglaterra el extremo límite de las tierras habitables, se halló de repente, si no en el verdadero centro, al menos hacia el medio de todo el conjunto geográfico de las masas continentales. Ninguna posición le era superior para los cambios con el mundo entero <sup>2</sup>. Por lo demás, Inglaterra pretendía ya hacía mucho tiempo, desde Eduardo I en 1299, la soberanía de los mares cristianos hasta frente á las costas de España. Esta pretensión se mantenía aún en el derecho internacional, y los barcos de guerra ingleses exigían el saludo en plena mar.

<sup>1</sup> Richard Heath, *Notas manuscritas*.

<sup>2</sup> H. J. Mackinder, *Britain and the British Seas*, p. 1, 4.

Principalmente á partir de la época del desarrollo comercial, inaugurado al final del siglo XVI, data la tradición de «Britannia

N.º 398. Plymouth y el Atlántico.



La isla Vaigatch está colocada como un lazo de unión entre Novaya Zemlia y el continente; la isla Kulguev se halla á mitad de camino entre Vaigatch y la entrada del mar Blanco; el mar de Kara se extiende desde Novaya Zemlia á la desembocadura del Ob.

manda á las olas y al mar», á la vez por sus piratas y por sus mercaderes. Se llegó hasta definir expresamente los «mares británicos, ó por mejor decir, los mares de Su Majestad» como la extensión

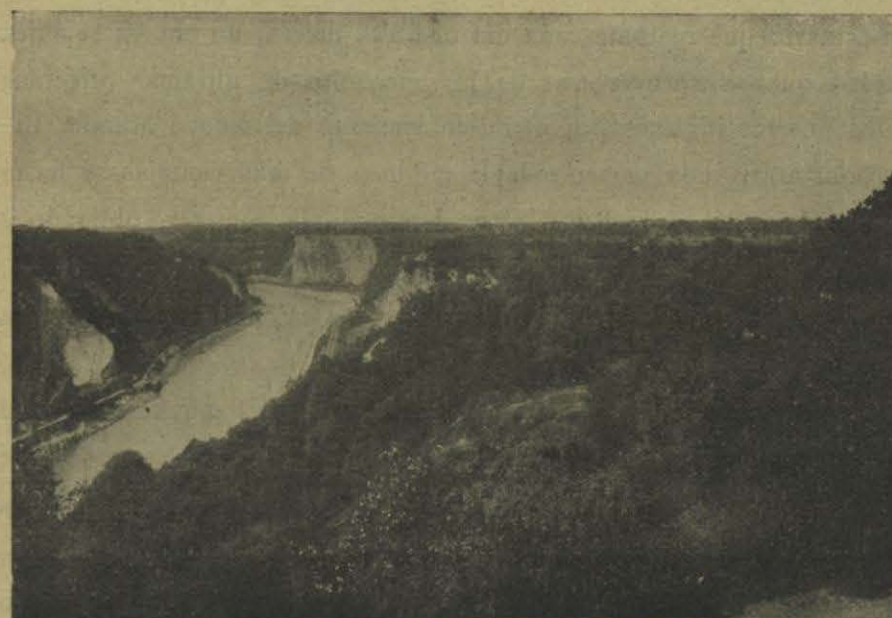


marítima que se prolonga hasta el cabo Finisterre, y aunque en nuestros días las leyes internacionales hagan comenzar la alta mar á tres millas marinas (cinco kilómetros y medio) del litoral, todo el estuario de Bristol, entre los condados de Somerset y de Glamorgan, era considerado como «territorio» inglés. Como quiera que sea, los navegantes británicos del siglo XVI se lanzaron á las aguas marinas como si les hubieran pertenecido siempre. Ellos, que no habían tomado parte en los descubrimientos de los continentes lejanos sino por la mediación de extranjeros, los Cabot ó Gabotto, trataban sobre todo de apropiarse de las vías directas hacia el Asia Oriental por las dos circunnavegaciones boreales de los continentes, de un lado al norte de América, del otro al norte de Asia. Pero ni Frobisher en 1576, ni Davis en 1585, ni Hudson en 1610, ni Baffin en 1616 lograron feliz éxito allí donde el gran Sebastián Cabot había fracasado, y cuando Baffin volvió de su expedición infructuosa, creyó que podía pronunciar esta sentencia definitiva: «¡El paso del noroeste no existe!» El mismo fracaso hacia el Este; en 1553 Willoughby no pasó de la isla Kulguyev y pereció en Laponia, Chancellor encontró el camino del mar Blanco al estío siguiente, Burrough alcanzó la isla Vaigatch en 1556, Pet y Jackman, en 1581, penetraron en el mar de Kara, el holandés Barents, por último, descubrió el Spitzberg en 1584 é invercó en la punta norte de Novaya Zemlia; no se pasó de la desembocadura del Ob hasta mediados del siglo XVIII.

Si las tentativas de navegación boreal de tres siglos prematuros habían forzosamente de fracasar, la marina inglesa no dejaba de desarrollarse, y nuevos puertos se fundaban sobre el litoral para la navegación trans-oceánica. Anteriormente, casi todo el comercio de la Gran Bretaña estaba localizado en la parte sud-oriental de la isla, es decir, lo más cerca de las tierras continentales con las que se hacían los principales cambios. El nuevo movimiento de tráfico con las comarcas lejanas de ultramar debía desplazar la actividad comercial hacia las bahías del Sudoeste y del Oeste. Una estadística precisa de la mitad del siglo XIV permite apreciar el notable contraste que se produjo entre los puntos vitales de Inglaterra en el intervalo de doscientos años, desde el tiempo de Eduardo III hasta el de Isabel. Cuando el primer soberano puso á contribución todos los puertos

del reino para el suministro de los barcos destinados al sitio de Calais, pidió que se le remitiesen cincuenta y siete barcos: el puerto de Hastings representaba por sí sólo más de la tercera parte del movimiento comercial del reino, puesto que tuvo que entregar veintiuna embarcaciones. Compáresele la modesta Liverpool de entonces, ¡á la cual sólo se pidió una barca tripulada por seis marineros!

La situación histórica, vista en su amplitud, se nos revela del siguiente modo. A la sazón los «Cinco Puertos», los cinco puertos



Cl. J. Kuhn, edit.

ESTUARIO DEL AVÓN, MÁS ABAJO DE BRISTOL

por excelencia, de los cuales dos ó tres se hallan actualmente á distancia de la costa y los restantes no tienen la menor actividad fuera de la navegación de placer y de la pequeña pesca, Hastings, Winchelsea, Rye, Romney, Hythe, que eran como los tentáculos avanzados de Londres, eran como las abras más inmediatas del continente, aquellos cuyos marinos podían singlar más rápidamente hacia las costas de Normandía ó de Flandes. Como la vida llama la vida, todo el impulso de Inglaterra debía obrar en esta dirección; la atracción de la civilización continental obligaba á la nación á concentrar en esta región del litoral todo lo que tenía de fuerza, no solamente para recibir, sino también para reaccionar y para atacar. Al final del siglo XVI, el curso de los acontecimientos no había ciertamente hecho



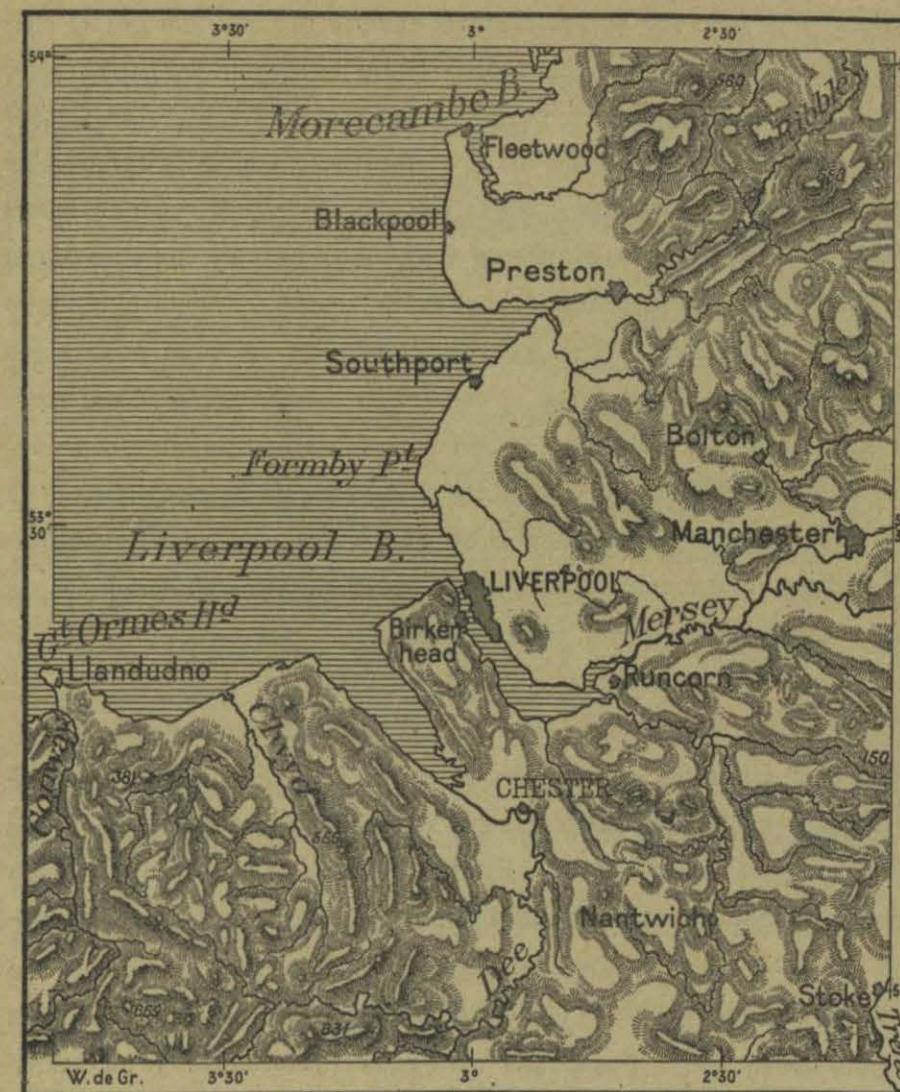
desaparecer esa atracción que el continente ejercía sobre el archipiélago británico, pero éste, por haber constituido más sólidamente su individualidad en todas sus partes, había tomado una vitalidad general que, manifestándose especialmente hacia la punta sud-occidental de la isla donde se hallaba la capital, se producía también, aunque en menor grado, sobre todos los puntos del territorio. Cerca de la extremidad sud-occidental del reino, Plymouth había llegado á ser el gran puerto de guerra y de las lejanas expediciones navales, mientras que sobre la costa del Oeste, Bristol, tan bien situado sobre un estuario que remonta cada día una alta marea, no era ya la única ciudad que se aprovechaba de los mercados de ultramar ofrecidos á los puertos ingleses por el descubrimiento del Nuevo Mundo, Liverpool atraía una parte, todavía mínima, de esas ventajas, y hasta el principio del siglo XVIII, el comercio de la comarca, obligado á huir del estuario del Dee, gradualmente relleno por los aluviones, fué á establecerse sobre el estuario del Mersey, casi exactamente en el centro de figura de las islas Británicas.

La gran época de la industria naciente y del movimiento local de los cambios, que se extendió rápidamente sobre el mundo, fué también para Inglaterra la de un admirable florecimiento de las ciencias y de las obras literarias; fué la edad deslumbradora de Shakespeare, de Marlowe, de Ben-Jonson, de Beaumont y Fletcher. El genio inglés se abría ampliamente á las influencias clásicas del Renacimiento y de las literaturas nuevas que se habían desarrollado en las otras comarcas de Europa, sobre todo en Italia y en España<sup>1</sup>; al mismo tiempo participaba del espíritu general de aventura para entregarse á los impulsos de una imaginación que no fué jamás superada en amplitud ni en audacia. En nuestros días el nombre de Shakespeare no tiene igual entre los de los escritores dramáticos, y sin embargo, el caos de los acontecimientos políticos le hizo ser casi completamente olvidado durante más de un siglo: para constituir una historia más ó menos probable de la vida del gran hombre, los comentaristas de su obra han tenido que recurrir á las suposiciones más aventuradas.

<sup>1</sup> H. J. Mackinder, *Britain and the British Seas*, p. 21.

La expansión moral de Inglaterra y la influencia de su lenguaje, de sus ideas, de su individualidad política sobre Escocia, su vecina

N.º 399. Chester y Liverpool.



1: 1 000 000  
0 10 25 50 Kil

Chester, que data de la época romana, es la antigua ciudad importante del distrito; Manchester y Liverpool, unidas por un canal marítimo, tienen actualmente cada una más de 500,000 habitantes; Fleetwood es el puerto de embarque para la isla de Man; Blackpool, Southport, Llandudno son playas de baños de mar.

del Norte, debían producir la alianza íntima de las dos naciones y la penetración mutua de sus intereses generales, á pesar de los recuerdos odiosos de las antiguas guerras y las ambiciones rivales de las grandes